



# Con Fernando Cabrera

---

EDICIÓN A CARGO DE WALKIRIA NAVARRO<sup>1</sup> & AURORA POLTO<sup>2</sup>

Fernando Cabrera, conocido y destacado músico uruguayo de la actualidad —compositor, intérprete y docente de música—, inició su carrera muy tempranamente al comenzar estudios musicales en su infancia que luego desarrollaría a nivel superior. Como intérprete comenzó su actuación con el grupo MonTresvideo para, al poco tiempo, derivar hacia su carrera como solista, la que continúa hasta el presente.

Cabrera es un artista de exquisita sensibilidad, con un marcado carácter intimista en sus composiciones, de indiscutible valor poético. En su último disco incursiona en la escritura de poesía. Estas cualidades nos llevaron a invitarlo, como artista, a la «Conversación en la Revista», que trata en su interior de diversas aristas del dolor psíquico.

El encuentro y la charla acontecen en un bar de la Ciudad Vieja de Montevideo. Entre café y café, en un clima cálido y llano, Fernando nos fue relatando sus vivencias con respecto a la creación artística de forma sincera, honesta y despojada, con la misma intensidad con que logra comunicarse con su público en cada uno de sus recitales.

1 Egresada del Instituto de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. [walkirianavarro@adinet.com.uy](mailto:walkirianavarro@adinet.com.uy)

2 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. [apolto@adinet.com.uy](mailto:apolto@adinet.com.uy)

AURORA POLTO (AP) —... Fernando, cómo pensar el dolor psíquico en términos de trabajo, nos interesa pensar cómo este se vincularía con la creación artística. Claro que no toda creación es desde el dolor. Se podría pensar el adolecer con relación al padecer y a la pasión que tiene que ver con la creación artística. Nos parecía interesante preguntarte cómo se despliega y se desprende para ti una producción artística, ese movimiento entre la creación y el desprendimiento de eso que se suelta y se ofrece como otra cosa.

FERNANDO CABRERA (FC) —Me parece que hay una especie de estereotipo. Hay un porcentaje de la creación artística que sí tiene que ver con el dolor, obvio, pero no todo.

La palabra *suelta* está bien, está muy interesante, porque se suelta, sí, pero creo que hay algo previo para que se suelte... pasa que es mi oficio también. Yo he desarrollado una profesión, yo o cualquier persona que se dedique a cualquier manifestación artística. ¿Cómo se armó eso en mi cabeza, la posibilidad o la creencia de que yo podía fabricar un objeto artístico? ¿Cuándo fue? Puedo hacer memoria, recordar, y creo que es alrededor de los doce o trece años que se va creando. Muchos colegas se convencieron a sí mismos de que querían ser artistas por otros mecanismos distintos del mío. Veo que en otros casos hay mucho de planificación, de proyectos de la mano de una ambición, y, sin jactancia alguna, me gustaría decirles que no tuve esa ambición. Tampoco quiero ir a una explicación de que fue el destino o que fui herramienta o esclavo de otra fuerza, no quiero llegar a ese extremo. Nunca hubo en mí el decir «me propongo», «mi meta es», como los adolescentes hoy que dicen «quiero ser esto». En mí no hubo eso, hubo una suma de cosas que, en principio, yo no determiné, como la determinación de mis padres de que tuviera un instrumento a los seis años sin que yo lo pidiera, fijate qué curioso esto. No fue que yo quisiera estudiar guitarra; un día la sorpresa, la noticia, el paquete grande con la guitarra, el libro de pentagramas y solfeo y «la semana que viene empezás clase de guitarra acá en la esquina».

A los seis años, así empieza la cosa, y seguí con gran obediencia, como lo hacían los niños en aquella época, que no discutíamos para nada ninguna decisión de los adultos. Porque no es que fuera diverti-

do ir a tomar clase de solfeo y que te dolieran los dedos de seis años. Una manito así, apretar la guitarra, no sale nada, un año de práctica infructuosa, que te duelen los dedos, que no lográs que suene nada bien, ir todas las semanas a la clase, el solfeo, la teoría es una cosa muy engorrosa, árida, porque evidentemente seguí en eso. Al tiempo, un año después, ya tocaba canciones, cantaba; empezó una especie de dinámica, el niño que toca la guitarra y lo llevan a un cumpleaños, a un colegio, a un cine, a una fiesta de algo. Para mí era como ir a la escuela, no algo que yo pedí, era algo que había que hacer como cuando te mandan a estudiar inglés y vas... Toda la clase media prácticamente mandaba a sus hijos a estudiar piano, o un idioma, o a un club deportivo. Entonces el tema de componer una canción, que se me ocurriera un día inventar una música y su letra, ocurrió años después, alrededor de los trece años. Un día, no sé bien por qué, calculo que habré pensado: «Yo conozco la interna de una canción —porque venía cantando canciones desde los seis años, folclore, todas esas cosas—, ¿por qué no tratar de hacer una yo?», habré dicho un día, no sé, una tarde...

Sí, en el principio de mi adolescencia. Un dolorcito amoroso, alguna cosa así, pero también el amor por la música. En mí siempre hubo un gran amor por la música, sin pretender ser músico tocaba la guitarra e iba a clases, pero jamás pensé que me iba a convertir en un músico profesional, no estaba dentro de mis ambiciones. Cuando fui más adolescente, más grande, pensaba que iba a ser profesor de historia, que iba a ser abogado, yo qué sé... No busqué ser músico, se fue dando todo solo, fue enganchándose una cosa con la otra, y como a los diecinueve o veinte años me encontré sí ya dando un paso más a nivel profesional. Como cualquiera que tiene un hobby, una gran pasión, que puede ser por la filatelia o por cualquier otra cosa, yo tenía pasión por la música; escuchaba discos, iba a recitales, tocaba, componía, armaba grupitos, dúos con algunos compañeros del liceo, pero no con la ambición de ser músico. Estudiaba, seguí estudiando composición, me inscribí en un conservatorio, pero simplemente por saber más de música, por amor a esa disciplina. Yo soy un poco de bajo perfil, no consideraba que un día iba a estar arriba del escenario. Pero sí, empecé a componer canciones a los trece años.

Creo que es bastante común, mucha gente va a un balneario, a un fogón, a un asado y alguien toca una canción propia y no pretende ser músico, capaz que ese tipo es agrónomo o trabaja en un camión, pero bueno, le gusta.

WALKIRIA NAVARRO (WN) —¿Es algo que se fue construyendo en ti?

FC —Se fue construyendo. A veces digo «si no hubiera sido músico»... ¿Viste cuando te preguntan si no hubieras sido músico?... Bueno, mirá, capaz que hubiera sido empleado de una casa de instrumentos, asistente de un *luthier*, el chofer de una bañadera que lleva una banda de tropical al interior, algo cercano, vendedor en una disquería...

Repito, no tenía la pasión esa de ser músico, ni de ser famoso haciendo un uso de la disciplina para estar arriba de un escenario y luego firmar autógrafos. Observo que hoy ocurre algo de esto, y no necesariamente por amor a la música.

AP —Tú estás dando cuenta de algo singular que se construyó un poco a pesar de ti y te fue sorprendiendo muy de cerca. Tu adolescencia fue un momento de sacudón para vos en este movimiento de adolecer y crear.

FC —Me imagino que hay muchas adolescencias, y cada persona, cada ser humano, la vive de modo distinto. Si bien es una etapa cataloguizable, todos somos distintos, hay quienes son fuertes, otros son débiles, otros se llevan el mundo por delante, otros son tímidos, y bueno, nadie vive igual las cosas y a mí lo que me pasó con la adolescencia...

Yo fui muy tímido de niño, casi toda la primaria, pero en sexto año el primer día de clase se nos dijo que eligiéramos un banco, una ubicación, y yo hasta ese momento, en todos los años de primaria siempre me había sentado, por ser petiso, en la primera fila, el primer banco, al lado del maestro, que ya eso significaba algo. Y en sexto pensé: «No, yo me voy a sentar en el fondo, donde están todos los forajidos». Pensé: «No puede ser que te sientes siempre al lado del maestro, de los mejores, el mejor comportado, aplicado». Fue una excelente idea, me la agradezco a mí mismo hasta el día de hoy, porque fue inmediato el contacto con esa otra realidad de la clase en la que luego surgieron mis mejores amigos.

En el período liceal ya arrancó otra cosa, otra libertad, ya era un poquitín más rebelde y con ganas de conectarme con aquellos que hasta ese entonces veía alejados. Sin embargo me relacioné con ellos sin nin-

guna dificultad, con los que eran de los más atrevidos, que también eran inteligentes y tenían buenas notas, no es que fueran unos abandonados.

De inmediato me sentí así, como que se conectó una cosa así de absoluta libertad, humor, aventura, rebeldía, romper con las reglas, integrado como el mejor, y pasé a ser considerado no como alguien secundario de esa barra, por el contrario. Descubrí también una cosa que me resultó muy útil, que heredé de mi padre, que eran ciertos mecanismos del humor, que fue una herramienta muy buena en esa aceptación mutua, después todo lo normal, el fútbol, ser más atrevido, tener otra actitud frente a los profesores, buscar más la diversión en vez de ser pacato. Fue un cambio muy radical, y lo que me alegra de ese cambio es que de algún modo lo provoqué.

La adolescencia para mí, que también tuvo sus dificultades, sus dramas, fue muy linda.

AP —¡Qué decisión, eh! De mucha apertura, de animarte a un montón de cosas y de acceder a muchos logros...

FC —Una nueva etapa, mucha diversión, libertad, que después trajo de la mano otras rupturas, y otras tomas de posición con respecto a mi familia, con respecto a creencias familiares, religiosas, políticas. Empecé a romper con todo con trece, catorce, quince, dieciséis. Me volví más valiente en algún sentido que no es valiente la palabra.

WN —Pero la fuerza estaba, si no, no se puede tomar la decisión.

FC —Se ve que sí, he tenido fuerza, porque es muy difícil, me he tenido que enfrentar a muchas cosas, primero mi familia, mi padre. Enfrentarme, y después las dificultades económicas. Poder sobrevivir con la música. Dedicarse a esto, pretender ser escritor, bailarín o actor de teatro es una locura. Me encargo mucho de hacérselo ver siempre a los jóvenes, tengo sobrinos, y claro, ven mi actualidad y todos quieren ser músicos. Claro, no vieron el proceso; yo tengo 56 años, ellos tienen ocho, doce, catorce.

WN —Es normal que a esa edad no lo vean, y tal vez sea eso lo que les permite soñar, proyectar y arriesgarse.

AP —Has hablado de valentía, y nos parece que es algo que trasciende en tus presentaciones, francamente fue una percepción de algo tuyo, muy propio, que al trabajar y preparar la entrevista, al escucharte y leerte, se nos develó una vez más con mucha nitidez.

FC —Eso me han dicho muchas personas y yo no me doy cuenta.

WN —Y la intensidad... Las letras, las formas y el modo en que cantás, nadie sale sin ser tocado.

FC —La intensidad la puedo comprender mejor, eso lo veo. La valentía la atribuyo más a algo generacional que tiene que ver con lo artístico. Hay una cosa también, que es propia de nuestra época, que tiene que ver con la década del 60, esa especie de minirrenacimiento de la humanidad en todas las áreas formaba parte de la cosa. Intentar ser innovador o renovar las cosas, no quedarse con lo ya hecho. Eso pasaba en todo, en la literatura, en el cine, en la música, en la política. Entonces cuando me formateé en esa época, al igual que muchos de mi cogeneracionales y los que venían antes de mí también, Mateo, Rada, Los Olimareños, y luego los de mi generación, Lazaroff, Darnauchans, todos buscábamos plantear lo original y había un gran ánimo de buscar la vuelta de que lo tuyo no se pareciera a otra cosa. Hoy, cuarenta años después —otro mundo—, eso casi desapareció en el ímpetu artístico; es más, hoy se busca reciclar, copiar, repetir, y no está mal. Yo antes lo veía como un problema, y comprendí porque alguien más joven me hizo ver que no era un problema, que simplemente son otras opciones. Dicen: «Fernando, yo quiero hacer una banda que se parezca a esta y a esta, no lo veo como un defecto como vos pensás».

Yo vengo de esa época anterior, por eso mi producto también fue naturalmente distinto de otros y tuve ciertas dificultades para lograr una inmediata comprensión y consumo.

AP —En escena mostrarás mucho de tu interior, *INTRO*<sup>3</sup> no es porque sí...

FC —Para mí eso es una especie de cosa extraña en mi vida, y no digo una contradicción, pero como una cosa paradójica. Como que yo puedo estar sentado arriba de una silla, en un escenario, tener tanto coraje y desnudarme tanto, y luego abajo del escenario ser más introvertido. Hay un canal, yo encontré un canal de decir: esto es así, no hay vuelta, esto es desnudarse.

3 *intro* es el nombre de un libro de poesía publicado por Cabrera que incluye un dvd de un concierto.

AP —Escucharte cantando sin música, solo con una caja de fósforos como único acompañamiento musical...

FC —Implica un coraje, lo hice cuatro veces en el Luna Park para diez mil personas que no eran mi público, cuatro noches seguidas hace unos años. Era el público de la Bersuit Vergarabat. Ahí soy valiente.

AP —Es muy valiente soltar tu voz en esa situación, como algo del cuerpo que se ofrece. Una pregunta que muchas veces te habrán hecho: ¿qué valor les das a tus creaciones? ¿Qué son para vos?

FC —Les doy el máximo valor, el máximo valor porque... Por un lado porque sí, porque se me ocurren y surgen y me dan felicidad, una felicidad que no sé si es de orden estético o qué, emocional sin duda, entonces ya por eso las valoro y las disfruto. Pero después también podríamos entrar en un terreno un poco más místico o espiritual, que es que yo comprendo que algo pasa, o sea, se establece un circuito ahí, se establece una comunicación entre el que oye y yo que emito, se establece algo que va más allá de lo estético. Incluso es tan fuerte, tan fuerte, tan difícil de explicar con palabras —no lo voy a intentar mucho— que es imposible no valorarlo, no ser feliz con eso. Es imposible, es algo que te lleva a pensar que posiblemente esa sea la razón de ser de tu vida y ninguna otra. Se da esa hora que dura la actuación, o capaz para una persona en su casa poniendo un disco. Ahí pasa algo que es muy espiritual, muy fuerte, que es una especie de herramienta que ayuda a destapar emociones. Por eso repito que va más allá de lo estético solamente.

Con los años, procesando esto, finalmente venciendo un poco mi baja autoestima y todo esto, he llegado a sentirme muy útil en ese terreno, les puedo ser de inmensa utilidad a algunas personas. Entonces para mí se ha convertido en tan sagrado, tan sagrado, que va más allá de lo profesional, que te saluden en la calle, que tengas un premio, ya no pasa por ahí de ninguna manera, rompe con lo material. Yo percibo eso en mis recitales, percibo una actitud muy especial del público, muy concentrado, por eso todos entramos en un trance, en un verdadero trance, porque yo lo vivo así también. Yo no guardo memoria de los recitales, es una cosa que se te va como si fuera todo en un segundo, ¿no? Yo sé que los demás entran conmigo en ese trance y hay un viaje

que tal vez yo conduzca o coconduzca y que es muy fuerte, no es mero entretenimiento. Yo sé que lo mío es entretenimiento y esa es la profesión, entretener, ayudar a los demás a matar el tiempo, no tengo ningún reparo en decirlo de este modo un poco coloquial porque es así; uno se entretiene de mil maneras, leyendo el diario, yendo al cine, escuchando un disco o jugando un deporte. El hombre se entretiene, ha inventado mil maneras de entretenimiento. El arte es una de ellas, pero hay algo más también, hay algo más.

WN —Vos decís «el tiempo, matar el tiempo». Ese es un punto intenso en tus producciones, el valor del tiempo. El tiempo, la temporalidad.

FC —Y debe ser una obsesión mía que se trasladó a las canciones. Aunque todos sabemos que como tema el tiempo está presente en todo: en la filosofía, en el arte, en todo desde que el hombre es hombre. Es un tema, uno de los dos o tres temas, pero no soy original al hablar del tiempo, todo el mundo habla del tiempo, todos los escritores, todos los filósofos, los pintores, todo el mundo, es una preocupación humana. No sé, es simplemente uno de los grandes misterios que tenemos y que nadie puede evadir. Es a pesar nuestro, creo que todos divagamos alrededor de ese tema, desde Borges, todos estamos como tocando de oído. Igual que con la muerte, con la vida.

WN —Es que con eso tiene que ver el tiempo, y a veces ignorándolo, a veces tratando de ignorarlo. Tú planteás muy intensamente todo lo que tiene que ver con el pasaje del tiempo, pero también marcás mucho, como con cierta melancolía, determinadas vivencias que siempre traés, recordás, fijás de alguna manera. Siempre hay algo de melancolía y añoranza.

FC —Sí, creo que no como único tema. Un tema de mis canciones es ese, pero no el único, y tengo una tendencia, más que nada en los últimos tiempos, a rechazar un poco esa etiqueta que sé que tengo y por algo será. Incluso he trabajado en ese terreno en los últimos años, porque al alejarme un poco de una tendencia melancólica o nostálgica —aunque no es lo mismo, porque la palabra *melancolía* me suena más a problemas psiquiátricos— lo que veo es que hay dos temas que he tocado bastante y que por ahí ayudan a confundir o a crear una imagen de tener una temática así, eminentemente nostálgica, que son los recuerdos de la infancia o traer un mundo que pasó al presente, no sé si precisamente



por añoranza o por pensar que es mejor el pasado. No creo que por eso, sino más bien por un afán de eternización de las cosas.

WN —¿A qué te referís con *eternización*?

FC —A que coexistan. No decir «esto es el pasado; ya no existe». No. Existe, está conmigo ahora, esto soy yo. Después ese es un tema que está presente en mis canciones, el pasado como formando parte de la actualidad. Y otro tema del cual he abusado, pero ya por otras razones, por historias personales, lo que sea, es el tema de lo perdido en términos de lo amoroso más bien. Hay muchas canciones mías, no muchas, serán diez o doce, que tocan ese tema, pero que no sé por qué, por casualidad o paradoja, son prácticamente mis mejores canciones, por las que más se me identifica. Todo el mundo recuerda de mí «La casa de al lado», «El tiempo está después», que son justo las que hablan de lo perdido.

WN —Veíamos que lo perdido ligado a lo amoroso tenía todo un lugar en tu producción.

FC —Ha sido un tema, sí; lo he dejado un poco de lado. Sí, lo reconozco, ha sido todo un tema, pero que he abandonado. Me he preocupado en los últimos años de hacer canciones con otros temas diferentes, y con otros enfoques también menos dolorosos y apelando más al humor y a la cosa más descontraída, a tocar otros temas. Ahora estoy sacando un disco nuevo, acabo de terminar un disco que saldrá en dos meses, y una cosa que me tiene feliz de este disco es que... Son quince canciones, las temáticas son extrañas, una habla, yo qué sé, de un tipo que es carpintero y que tiene palomas mensajeras; otra canción habla de una generación de hijos de gente muy adinerada, muy millonaria, que dilapidaron la fortuna de sus ancestros; otra habla, yo qué sé, de los artistas callejeros, los titiriteros, los que van por acá, por allá... la gente de los circos, los que hacen malabares en los semáforos. Todo eso así, van pasando los temas y todos hablan de cosas quizás poco habituales como temáticas de canción; eso me tiene feliz. Otra va entreverando recuerdos de mi padre con recuerdos míos y armando una biografía medio delirante. Todos son temas extraños, son como quince minihistorias o novelitas. Ninguna habla de lo perdido en este disco.

WN —Es interesante lo que tú vas pensando, que a partir de tus obras los otros toman y te devuelven sus ocurrencias. Parece que ese movimiento,

una vez que tú te desprendiste de lo que creaste, circula y pudiera tener algo de obsceno.

FC —Claro, está bravo eso; a veces es incómodo, cuando ves opiniones de otro sobre tu trabajo y tus actitudes y por ahí no te gusta lo que están diciendo, pero tenés que pensar: está en su derecho, no lo hace de mala fe, no tengo más remedio que aguantarme. A veces es incómodo y otras muchas veces es muy a la buena. Me pasa en los últimos años, antiguamente no me pasaba, que muchos otros músicos hacen canciones mías, y eso también me da eso que vos decís, que me retroalimenta, maneras distintas de ver mis propias canciones que después yo aplico me generan, me despiertan nuevas ideas de cómo cantar una frase, cómo cambiar un acorde, la velocidad, el ritmo; claro, todo es diferente. Muchas veces digo: «¡Pero qué lindo esto!, en vez de hacerlo como lo hago yo toda la vida, me gusta mucho más así, ir cambiando este acorde». Incluso a veces han sustraído estrofas, hay gente que ha hecho «La casa de al lado», ponele, y le saca estrofas para hacerla más breve, se ve que resultaba muy densa, muy pesada. Está bien, es cierto, es larga la canción y yo muchas veces la canto así. La versión más corta, como hace Liliana Herrero, por ejemplo; comprendo lo que quiso hacer, reordenó capaz un par de estrofas, yo la leo distinto. Como yo he hecho también muchas veces versiones de otros. Me he tomado libertades con algunas canciones de Zitarrosa, por ejemplo, sacarles estrofas, cambiar el orden de la estrofa y modificar la historia, me he tomado esa libertad con todo respeto. Es una reconstrucción, una recomposición con materiales de otro. Me tengo que aguantar piola si me lo hacen a mí, yo también lo hago.

AP —Estas historias de tus nuevas producciones figuran un movimiento de crecimiento artístico y personal en el disfrute de dedicarte a registrar lo cotidiano en tu mundo, es como que estuvieras jugando, ¿trayendo tal vez al tapete cuestiones de tu infancia? Ahí estaría la temporalidad también...

WN —El adolescente muestra con mucha fuerza eso. La oscilación entre lo infantil y lo más adulto, que de alguna manera provoca que a veces vos enfocás para un lado más crecido y te sale con el lado más infantil, y al revés.

FC —Me parece que es... no sé si solemnizando un poco el tema este que tú estás planteando, tiene que ver con... —hace un rato utilicé la palabra—. Yo vengo de una tradición cultural católica que luego abandoné ya de jovencito, pero siempre me giró en la cabeza el concepto de eternidad. No comprendía claramente qué significaba o comprendía algo que no era exactamente lo que planteaba, y terminé entendiendo lo que más o menos la palabra significa, que es un poco la coexistencia de todas las épocas al mismo tiempo, en el mismo instante. Algo parecido a lo que planteaba Borges en «El Aleph», algo así. Tú decís esa dicotomía que puede tener el adolescente que trae un poco la infancia de golpe, y tal vez es un poco eso, a mí me ha significado mucho eso, me ha sido muy útil en los últimos años en muchas de mis composiciones, que no es un invento mío, ya lo ha hecho el cine, lo ha hecho la novela, todo el siglo xx, que es encajar los distintos tiempos. Lo han hecho novelistas, Faulkner. Es ir para atrás, para adelante, y vas armando en tu cabeza un poco caprichosamente; el cineasta que plantea eso, sin avisarte te cambió de lugar y aparecen los montajes, el relato del tipo ese aparece de golpe siendo niño.

WN —Que así es nuestra cabeza, así funciona.

FC —Exactamente. Estoy aplicando mucho eso —no sé si queriendo o porque sí— en mis canciones desde hace varios años. La canción arranca hablando de un tema, dos o tres versos después arranca para otro lado, cambia de tema, no solo de enfoque, a veces de enfoque, de quién es el que relata. Y siempre uso como ejemplo esto que sí pasa en muchas, en este último disco en varias, el punto de partida de eso fue una canción mía que se llama «Viveza». Pasa eso, cada dos o tres líneas va cambiando, parece que fuera otra canción, o que te metieras en otra canción, y eso que en un principio capaz que fue una manera desprolija de tirar ideas en un papel, como quien piensa, luego lo edito o luego retomo y lo prolijo. Se ve que me gustó cómo quedó ese resultado, más desestructurado, más surrealista, y me dije «acá hay una posibilidad», y la dejé así, me animé también, me animé a dejarla así.

WN —Más espontáneo, más en asociación libre. Tiene mucho del inconsciente y su lógica, como lo onírico.

- FC —Del inconsciente, un respeto por el flujo del inconsciente. Todas mis canciones son así, atemporales y multitemáticas.
- AP —Cuando se te escucha cantar logrando una sintonía con el otro, me imagino lo que debe ser para vos, qué júbilo ese momento.
- FC —Indescriptible. Es un poco la magia que tiene la canción como formato, una canción te acompaña en cualquier circunstancia, en cualquier lado, te vas de viaje, estés bien, mal, de noche, de día, durmiendo. La canción es algo que no precisa ningún estuche ni ningún formato, la llevás en tu mente, un recuerdo. Y la gente la canta, te acompaña en un viaje, vas cantando en un encuentro de amigos, un asado, siempre hay alguien que canta. Una gran sacralidad en todo esto. Comprendo que no tiene que ser así para todo el mundo.
- WN —Hablaste al principio de no usar estereotipos en cuanto a la creación y a qué cosas te llevan a crear. Hay trabajo psíquico a partir de muchas cosas, no solo del dolor, porque a veces nos perfilamos demasiado hacia ese punto, y me parece que dejamos otros de lado.
- FC —Pero oíme, también la felicidad, el encuentro, el júbilo, fijate qué linda palabra esa y nunca la uso. Bueno, todo eso, porque para mí el tema de la creación es que vos logres entrar en un estado emocional, entrás en ese estado misterioso que no podés, es inefable, y el que tiene las herramientas deriva eso en un objeto artístico. Ahora, esa epifanía emocional puede estar dada por cualquier motivo, no solo el doloroso, cualquier motivo; se suele decir «no, porque cuando uno está feliz está ocupado siendo feliz y no se le ocurre agarrar la guitarra». No es tan así, la felicidad también te lleva a querer manifestar eso de algún modo, estás feliz, no es fácil estar feliz, no estamos felices todo el tiempo, muy de a ratos.

Una cosa que para mí es un misterio es por qué somos tan distintos los seres humanos, hay personas que son propensas a ciertos estados y otras que son propensas a otros y eso te puede modificar tanto la vida. El que nace animoso, que nada lo perturba, que se cree que puede con todo, nace así y es así y vive feliz toda la vida. Nada los atemoriza, ni los desafíos más grandes, siempre creen que van a ganar la partida, entonces esas personas obviamente viven con otra alegría de vivir; no viven con temor, enfrentan todas las circunstancias, incluso capaz que

hasta elaboran mejor las derrotas porque piensan que una derrota es apenas una anécdota mínima. El que nace disminuido, en cambio, el que nace con cierta propensión a pensar que va a perder, es así y tampoco va a cambiar nunca, y le resulta mucho más difícil acceder a los logros y a la felicidad. Ahora, ¿por qué pasa eso? ¿Cómo es eso? ¿Por qué hay gente que nace así? ¿Es cultural?, ¿es de familia?, ¿es genético? Yo tuve un padre así. También algunos de mis hermanos, pero mi padre no conoce el desánimo y no heredé eso, ¿entendés?

WN —Lo que hay son órdenes de sensibilidades, no sé, a veces estás más en carne viva y a veces hay gente que está como con una... no sé si llamarla coraza o qué, algo así.

FC —Yo vivo en carne viva, a mí me afecta cualquier cosa a niveles insostenibles, y no mías, cosas ajenas, cosas que veo en la calle, y otras personas a veces ves que van por el mundo con una sana indiferencia.

AP —Bueno, para algunas cosas, rescato algo de ese vivir en carne viva, no sé..., los costos podrían ser altos pero también los logros. ¿Qué número fuiste en la fratría?

FC —Soy primogénito. Una de las canciones de este último disco, «Viva la patria» se llama, habla de que nací en el hospital Canzani, yo estaba en el hueco que fue mío hasta aquel día que vino mi segundo hermano, como una especie de decir «yo tenía un útero que era mi espacio, mi lugar, me corrieron porque vinieron otros», sensación de muchos primerizos que durante unos meses o unos años son el único, el príncipe. El más atendido, todo. Esto es una elaboración, en realidad no lo recuerdo, porque me recuerdo ya con mi hermano nacido y la tercera también, en mis primeros recuerdos ya estaban ellos dos. Yo era el primero y dejé de serlo pero nunca lo sufrí, no lo recuerdo. No lo recuerdo como traumático ni nada, para mí siempre existieron mi hermano Horacio y mi hermana Alicia, como que vinieron conmigo. Los segundos siempre son un poco más diablos, entonces el primero tiene que ser el contenedor, mi hermano era fatal y yo era el comportadito, tenía que cumplir ese rol.

WN —Qué suerte la decisión que tomaste en sexto de no ser tan comportadito.

FC —No se había manifestado nunca.

WN —Pero estaba.

AP —Y ahora, ¿cómo es para todos, para tu familia, tu posición actual?

FC —Es muy natural, porque me han acompañado desde siempre y desde épocas en que para mí era todo muy poco visible, y no era nada y era muy dificultoso todo. Acompañaron ese largo proceso que ya tiene treinta y cinco años, no ha sido sorprendente ni nada. Me imagino que ahora, al igual que yo, disfrutarán de que yo tengo mucha más aceptación por mi trabajo en otros países también, quiero suponer que les dará un sano orgullo. Ellos me lo dicen, me lo festejan, algunos más que otros, porque también hay algunos que con todo derecho son más indiferentes a la música; quizás es un tema que no los atraiga tanto —está bien, está perfecto—, por consiguiente no es frecuente su asistencia a mis recitales, ni tienen mis discos ni nada, pero está bien, no los culpo. Otros me han acompañado más. Los sobrinos también, me imagino, verán como algo medio mágico eso de verme en televisión o ver un afiche en la calle con la cara del tío. Pero de todos modos es muy natural, porque nunca fue muy festejado eso.

    Mi familia es muy democrática, muy formada, todas mis otras ramas familiares, que también vienen del catolicismo, fueron muy numerosas. Entre sus facetas más sanas, una cosa muy linda de compartir es que no hay privilegios, no hay que subrayar a nadie en particular, una cosa muy solidaria de entregarse a los demás, que forma parte de un equipo. Mi madre en ese aspecto, mi tío, todos fueron siempre muy cuidadosos, muy didácticos... trabajar, hacer actitudes sociales de gran desprendimiento, de gran generosidad por nada.

WN —Es una ética determinada...

FC —Una ética sí que yo rescato de lo mejor del catolicismo, básicamente del valor del cristianismo. Que tiene que ver con la misericordia, una palabra muy poco de moda pero que significa ni más ni menos que amor por el más miserable, ¿verdad? La piedad, otra palabra con poca prensa pero que yo considero tan necesaria; ojalá hubiera más piedad en el ser humano, más conmiseración, más preocuparse por el otro.

WN —Y bueno, por algo a nosotros nos ven como raros, muy raros. Somos parte de la rareza por ocuparnos del sufrimiento.

FC —En mi familia recibí mucho de eso por esas raíces cristianas. Y no sé a qué venía este asunto, pero me viene a colación una situación que he

vivido muchas veces. Hablando de la piedad y la misericordia, todas mis amistades —no sé si a ustedes les pasará más o menos lo mismo—, todas mis relaciones de hace muchos años, mis amigos de los estudios, toda es gente mayoritariamente de izquierda, mayoritariamente progresista en un altísimo porcentaje, gente muy cercana a la instrucción. Sin embargo me ha pasado con muchos de ellos, suponete, de ir en su auto hacia un lugar y se acerca alguien a pedir una moneda porque te acomoda el auto, y cerrar la ventanilla y arrancar. Entonces yo me quedo pensando: pero ¿cómo una persona que tiene tantos valores solidarios de izquierda...? O pasa un hurgador con su carrito y ellos en el auto «este pichi no sé cuánto», «por qué no se mueren todos». ¿Qué pasa? Bueno, lo que estamos hablando, ¿no?, esa carencia de valores, de piedad, de ponerse en el lugar del otro y de querer al que está en la mala.

Lo que yo percibí muchas veces en el catolicismo es hacer el bien sin publicidad. Sin publicidad, sin hacer aspaviento luego de eso, personas que por algo —ni te imaginás, te enterás años después— sábados y domingos van a asentamientos a dar una mano, se meten en el cantegril tal y cual y ni siquiera lo cuentan, no se sacan bandera con eso. Mi querido amigo y colega Pablo Estramín<sup>4</sup> tenía esta actitud que estamos hablando. Permanentemente, desde niño, creo que se lo había inculcado su padre, iba a asentamientos o a instituciones para ayudar en distintas situaciones. Lo hacía no una vez o dos, siempre. Lo hacía permanentemente en su vida. Ahora, ¿ustedes se habrían enterado de eso si yo no se lo cuento ahora?

Con esta evocación de su amigo Pablo Estramín y su capacidad para hacer contacto con el sufrimiento y el dolor del otro, cerramos este encuentro con Fernando Cabrera. ♦

4 Pablo Estramín (1959-2007) fue un cantautor uruguayo, destacado por sus contribuciones al folclore nacional y regional.